

NO LE DEJES ENTRAR



ES EL HOMBRE
DE TUS SUEÑOS...
Y TU PEOR
PESADILLA



LISA JEWELL

CROSS
BOOKS

**LISA
JEWELL**

**NO LE
DEJES
ENTRAR**



CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Don't Let Him In*
© del texto: Lisa Jewell, 2025

© de la traducción: Verónica García Pérez, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2025
ISBN: 978-84-08-30862-1
Depósito legal: B. 15.953-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

1

Noviembre

La casa es espectacular. Un chalé estucado de tres pisos más un ático con dormitorios y vistas al mar desde los ventanales tanto de la parte de delante como de la de atrás. Imagino que habrán tirado un tabique en algún momento para obtener ese espacio abierto en una casa victoriana. Y habrán añadido las vigas de acero. Cosas caras. Solo para darles a los dueños más luz y espacio. Siento una punzada de celos poco característica de mi personalidad. No suelo sentir envidia de la gente. En realidad, apenas me fijo en otras personas. Pero esto es un caso aparte. Apago el motor de la furgoneta y me quedo ahí, un instante, mientras me preparo. Veo movimiento al otro lado de la casa a través de la ventana y, mientras me pongo la gorra y abro la puerta del conductor, oigo voces amortiguadas. Hay cuatro coches aquí aparcados y es evidente que el día está en pleno apogeo. Me dirijo a uno de los laterales de la furgoneta y abro la puerta. Ahí está, la última entrega de la jornada: un ramo extragrande de hortensias y rosas blancas, sin reparar en gastos, en una bolsa rosa. En el sobre se puede leer lo siguiente: «Nina Swann y familia».

Avanzo hacia la puerta de entrada y echo un vistazo al interior de la cocina como quien no quiere la cosa. Hay un grupito de personas sentado alrededor de la mesa, una mezcla de gente joven y madura. Todos tienen una copa de vino delante y van vestidos con tonos os-

curos. Suena música, titilan velas. Veo obras de arte y fotografías y láminas en las paredes; descubro una cocina de diseño de color azul medianoche y rosa, con destellos de latón y de cobre, bombillas redondas enormes colgadas a intervalos irregulares de cadenas doradas, plantas sobre estantes. A través de la puerta que hay al fondo de la cocina, distingo enormes sofás de terciopelo, una mesa de mezclas, un póster de Gorillaz.

Es la casa de un hombre de la generación X que ha tomado buenas decisiones, que ha tenido éxito en la vida, que ha ido poniendo los ladrillos uno encima del otro con precisión y cuidado. Pero también de un hombre que cometió un error terrible que su mujer y su familia van a tener que pagar una y otra vez.

Sigo avanzando al lado de la ventana hasta que llego al timbre y lo pulso con el dedo.

2

Ash le da las gracias al repartidor, cierra la puerta de entrada y lleva las flores a la cocina. Allí, alrededor de la mesa, están su madre, Nina, su hermano, Arlo, su abuela, su tío, su tía, sus tres primos y su mejor amiga. La superficie está plagada de copas manchadas de vino, platos sucios, los restos gelatinosos de los canapés. El ambiente es a la vez frágil y ligero. Ya ha pasado lo peor, el día ha terminado. Ahora Ash está descalza, solo con las medias negras, pues abandonó los tacones en cuanto se fueron los demás invitados.

—¿De quién son? —le pregunta su madre. Tiene la voz rasposa.

—Eeeh... —Ash rebusca el sobrecito por entre la bolsa de color rosa antiguo, lo encuentra y se lo entrega a su madre.

—Por favor —le pide esta—. Léela tú.

Ash saca una tarjetita del sobre; este es del mismo tono que la bolsa y lleva una rosa minimalista en relieve, sobre la que la chica pasa el dedo inconscientemente. Dentro hay una nota con la caligrafía descuidada de la florista y una gota de agua sobre la tinta.

Os tenemos en mente.

Con todo nuestro cariño y nuestras condolencias,

Los Tanner

—¿Quiénes son los Tanner?

La madre de Ash suspira.

—No tengo ni la más remota idea. ¿Las puedes poner en agua?

—Ya no nos quedan jarrones.

Su madre vuelve a suspirar y Ash sabe que no debe volver a hablar de nada que tenga que ver con flores en lo que queda del día. Mete el ramo en un jarrón que ya contiene otro —y que no pegan ni con cola, resultan estéticamente desagradables juntos— y vuelve a sentarse a la mesa con su familia.

Su amiga Ella le sirve un poco de vino blanco en la copa. Ash le lanza un beso.

El sol no ha salido en todo el día, ni una sola vez, hecho que resulta irónico porque el padre de Ash estaba obsesionado con sus rayos, los iba rastreando por el mundo, tenía una lámpara UV en su estudio para los días nublados, estudiaba las previsiones meteorológicas con devoción, insistía en organizar barbacoas en cuanto llegaba el primer indicio de la primavera. Le había echado el ojo a esta casa porque estaba orientada al sur; tenía sus espacios predilectos para tomar el sol en el jardín, en uno de ellos podía hacerlo hasta en febrero, y por eso le puso el nombre de «Ibiza». «Me voy un rato a Ibiza», decía en las mañanas soleadas, con un café en la mano y las gafas de sol sobre la cabeza. Siempre había un bote de protector solar al lado de la puerta de atrás. En todas las épocas del año.

Hoy, en cambio, el día que se han despedido de él, el sol

no ha hecho acto de presencia. A Ash se le había ocurrido la alegre idea de que se lo había quedado todo para él solito. Aunque, por otro lado..., no. Está convencida de que los muertos no tienen influencia alguna.

Tenía cincuenta y cuatro años.

Lo mató un desconocido.

Lo empujó a las vías.

Justo delante de un tren.

Había ido a la inauguración de un restaurante, no de los suyos, sino de un amigo, en el Soho. Estaba muy borracho. Según contó su amigo, había bebido cócteles de tequila y *ginger-ale*. El alma de la fiesta. Paddy Swann siempre era el alma de la fiesta.

El hombre que lo empujó se llamaba Joe Kritner.

Hala. Listo. Un instante. Dos vidas. Más, si contamos al maquinista, a los testigos, a los paramédicos que tuvieron que despegar los trocitos de su cuerpo de las vías.

Sobre la mesa hay un álbum de fotos; lo prepararon Ash y su hermano Arlo. Dejaron hueco en las últimas páginas para que los invitados añadieran sus propias fotografías de papá, de Paddy. Ash lo abre por una página al azar y suspira al ver a su padre en algún tipo de festival, ataviado con un gorro de pescador y gafas de sol, y con una pinta de cerveza en un vaso de plástico en la mano. Noventero a más no poder, piensa Ash. Su padre nació en 1970, así que ahí tendría unos veinticinco años. La misma edad que tiene ella ahora.

—¿Dónde es eso? —le pregunta a su madre, y gira el álbum para que lo vea.

—Ja, pues en Glastonbury, dónde si no.

—Dónde si no —repite Ash, sarcástica—. ¿Tú también estabas?

—Sííí. Oasis. Pulp. The Cure. Menudo calor pasamos.

Fuimos con Lena y Johnny. A tu padre se le fue mucho la mano con...

—¿La bebida? —sugiere Arlo.

—Y con todo lo demás.

Todos sonríen sin gracia. Ya saben cómo era Paddy. Le gustaba beber, le gustaba tomar drogas cuando salía de fiesta, le gustaba colocarse. Escuchaba música a todas horas, siempre iba con cascos. Adoraba los vinilos, las camisetas, la música en directo, la gente, la comida.

Paddy Swann era el ser humano más simple del planeta, y de pronto, hace dos semanas, una persona muy complicada lo usó como personaje en su compleja historia interior y lo tiró al tren. Y ahora está muerto.

Lo que queda de su clan está armando barullo, no saben hablar bajo ni siquiera con las últimas luces del día en el que lo han enterrado. No obstante, el alboroto está vetado de algo picante y terrible. La ausencia de su voz, de su risa, de su presencia. Del hecho de que al otro lado del día, las vidas de todos los presentes continuarán sin él.

Ash cierra el álbum y coge la copa de vino, la inclina, ignora el empalagoso dulzor que le calienta la boca, la forma en que se cuela en el rancio interior de sus mejillas. ¿Cómo van a irse a dormir? ¿Cómo van a constatar que este día ha terminado y que empieza la siguiente parte?

3

Enero

Ash coge la carta que encuentra apoyada en el aparador de la cocina y lee su contenido.

Queridos Nina y familia:

Acabo de enterarme de lo que le ha sucedido a Paddy. Me he quedado destrozado al saber que murió el año pasado. Trabajamos juntos en un restaurante de Mayfair hace muchas muchas lunas. Era de las mejores personas que he conocido, y también de los mejores chefs con los que he compartido mi tiempo. Hace unos años, acabé de casualidad en su restaurante de Whitstable y no me percaté de que era suyo hasta que lo vi en el comedor. Lo paré y charlamos un rato, tenía un aspecto maravilloso, lleno de su bonhomía y generosidad de espíritu características. Se sentó a la mesa y compartió el resto de la cena conmigo, me obligó a beber los mejores vinos. Nos pusimos un poco al día, me contó que había forjado una familia y un emporio de restaurantes en la costa sur, y yo le conté que seguía soltero y que había montado una vinatería bastante cerca del lugar donde nos habíamos conocido, en Mayfair. Siempre confié en que nuestros caminos volverían a cruzarse algún día, que volvería a Whitstable y que disfrutaría de otra hora o dos de su agradable

compañía, que me deleitaría con otra de sus maravillosas comidas, pero no sucedió, la vida no lo permitió y ahora ya es demasiado tarde.

En fin, solo quería que supierais lo mucho que adoraba a Paddy y cuánto lamento que se haya ido a tan temprana edad y en unas circunstancias tan trágicas.

Con todo mi cariño y mis condolencias.

Nick Radcliffe

Ash agita la carta hacia su madre, que está junto al hervidor de agua, esperando a que se ponga en ebullición.

—Qué bonita.

Su madre se da la vuelta. Tiene los ojos apagados y rodeados de círculos grises.

—Ah —dice esta—. Sí. Muy mona.

—¿Lo conoces?

—No. Yo diría que no. Al menos que yo recuerde.

Ash se saca el móvil del bolsillo y busca el nombre en Google, junto con la palabra «Mayfair». Aparece un perfil de LinkedIn y clicla en él.

Nick Radcliffe aparece como el «cofundador y dueño del bar Amelie, en Londres W1». En la foto de perfil aparenta unos cincuenta años, tiene el pelo completamente blanco, una barba blanca bien arreglada, ojos muy azules y una sonrisa agradable. Le enseña el móvil a su madre.

—Mira —le dice.

Su madre observa la foto distraída y manifiesta:

—No. No lo he visto en la vida. Está bastante bien, por cierto.

Ash la mira horrorizada.

—¿Qué? —responde su madre—. No hay ley que me lo impida.

Ash busca «bar Amelie» y encuentra una página web bastante pomposa. Está al lado de Curzon Street y es elegante y estiloso, con superficies de latón pulido y de terciopelo claro, y tres tipos de caviar en la carta. Es la antítesis de los restaurantes de su padre: de suelo arenoso, de corte agreste, con pizarras, revestimiento machihembrado, cremas ahumadas y langostas a la brasa.

—Deberíamos ir —propone Ash, y le enseña la web a su madre—. Para que nos cuente más cosas sobre cómo era papá por aquel entonces, antes de que os encontrarais.

—Tu padre conocía a cientos de personas antes de que yo entrase en su vida.

—Ya lo sé, pero parece buena gente. A lo mejor tiene anécdotas que contar.

—Bueno, pues ve tú —dice—. Seguro que le entusiasma conocer a la maravillosa hija de Paddy y poder contarle batallitas. A lo mejor hasta te invita a cenar. O te ofrece trabajo.

Ha pronunciado esta última frase con toda la intención y va seguida de un pequeño y tenso silencio.

—Pues a lo mejor voy —confiesa Ash. Guarda la tarjeta en la alacena con un ligero giro de la muñeca—. A lo mejor voy.

Ash trabaja en la tienda de intercambio de ropa del pueblo. La gente trae su ropa vieja, y ella y la dueña, Marcelline, la lavan al vapor para quitarle los malos olores y la cuelgan en perchas caras al lado de flores de seda y armaritos vistosos. Si la prenda se vende, el cliente se lleva el cincuenta por ciento de los beneficios; la tienda se queda con el resto.

Iba a ser un trabajo temporal, un empleo de verano para rellenar el tiempo cuando volvió a vivir con su madre al comprobar que Londres no había sido lo que esperaba, algo

que hacer mientras se centraba un poco. Pero de pronto llegó septiembre, luego octubre, después se murió su padre y ahora están en enero, casi en febrero, y sigue trabajando en la tienda de intercambio de ropa y durmiendo en su habitación de la infancia; va a cumplir los veintiséis dentro de tres semanas y no esperaba estar así.

No obstante, por mucho que sepa que no debería seguir viviendo allí, no puede irse. Al menos de momento. Quiere estar en esta preciosa casa en la que creció y que aún huele a su padre.

Ha retrocedido. Está yendo hacia atrás. Está cayendo.